

- 33 -

Alberto Gil Sánchez

**EDICIONES DE
"UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA"**

Por GUSTAVO VEGA BUSTAMANTE

En el panorama poético de Colombia la figura de Alberto Gil Sánchez ha permanecido recatadamente escondida tras el oceánico escenario de la impopularidad. Sin embargo, el robusto movimiento de su pluma ha vagado —denso y agil— por laderas y montañas invadiendo —oh río humano— los antiguos y los nuevos caminos de la poesía.

Soldado de esa generación literaria que floreció en Antioquia con Edgar Poe Restrepo, Gil Sánchez sigue teniendo como un síntoma muy suyo el atributo de la soledad. Aunque muchos han querido sumarlo al grupo de los "pedracelistas" no existe razón geográfica ni poética para culminar esa operación. Con el malogrado Edgar Poe, Alberto Gil Sánchez es un poeta solitario, personalísimo, que escapa a cualquier amalgamamiento. El pentagrama de su poesía ha seguido imperturbable el rítmico desdén de sus caminos. Carrera peregrina marcada por los horizontes marfilíneos de su "torre" y adornada con policromías de bohemia.

Sobre las cantarinas copas marcadas de licor la poesía de Alberto Gil Sánchez surge como frondoso árbol de ritmos. En él resuenan ecos grávidos de una emoción que modela las formas de la sensibilidad sobre la eficacia del verso. Yo he tratado de catar el ondulante sabor de esos ecos buscando dos puntos de referencia para trazar el eje o "quid" de su poética, y a mi encuentro han venido siempre los halagados labios, los cristalinos ojos de mujeres esquivas, bronceadas, doradas. Pero siempre mujeres, felinas mujeres! ("Mujeres de Antioquia", "Las Hebras del Trópico", "Mujeres en Color", "Marlene Dietrich", "Pastel Fosco de una Grácil Ida", "Diamantina", etc.). En todas las esquinas cruciales de la poética de Alberto Gil Sánchez, espera siempre una figura de mujer:

les;

*"Con el ocre de todas las mujeres de América
va a pintarse la nueva libertad de la tierra
por paletas creadoras que renuevan la gesta".*

Brotó como paréntesis en el cristal de la poesía de Gil Sánchez la luminaria del Dolor. Es un Dolor desnudo. Dolor de poeta que exprime entre sus dedos la dulzura de las flores y la blancura de los arroyos porque perfuman y

trinan a Vertumno el dios de las frutas. Con todo, el Dolor en el verso de Gil Sánchez no lleva el artificio de la amargura. Es un Dolor limpio.

*“Quién que haya oteado que injusta la insidia
expecta sus actos con franco rencor,
como ese poeta que a toda la envidia
recita inflexible la ley del amor,
y deja que un recio galón de desidia
le marque los hombros con signo de horror”.*

Shiller, cuando escribió su oda a la Alegría, no supo de Beethoven. Como la humanidad cantó sus efusiones a ese milagro de la Novena Sinfonía donde se conjugan la suprema música y el supremo verso, así entrégase Gil Sánchez a cantar la Alegría. Mármol inmortal para el atrevimiento de las cien bocas de oro que Alberto Gil Sánchez imagina para entonar su memoria a la Alegría:

*“¡Esta alegría mía! ¡Esta alegría!
La mañana está llena de neblina
y me finge una copa cristalina
donde se sutiliza el alma mía.
La mañana está gris, el alma blanca”.*

En este poeta indefinido, la Alegría —fantasma inconocido— es cabeza del norte coronada con estrellas antárticas. Es bandera del sol. Balada de la luz. Antifona del viento.

La muerte no alcanza a pronunciar palabras locas en la poemática del Alberto Gil Sánchez. El la enfoca con la entonación de lo frustrado por ignoto o lo temido por cercano o lo esperado por vecino:

*“Tiene una dulce placidez la vida;
tiene un dejo de eternas remembranzas:
un eterno renuevo de esperanzas
Y un amargo sabor de despedida...
(Tiene una dulce placidez la vida)”.*

De las notas prominentes del mundo poético de Alberto Gil Sánchez es quizás la que obedece al imperativo ritual de los colores la más frenéticamente arraigada al tono medular de sus contornos femeninos. Sí, el Color está en toda la obra de Gil Sánchez. Tonos tintos, pálidos, quemados. Tonos abiertos y cerrados. Tonos encendidos y apagados. Recios campanarios de colores vivos. Qué gran sentido visual en la medida de las cosas teñidas de color. Lluvia po-

licroma que baña el contenido de sus objetos y la arquitectura brillante de sus metáforas:

*“La mariposa del ensueño en el profundo
cáliz de mi cerebro bebió el arte,
y con sus alas azules y amarillas
adormeció mi corazón herido
por el ruido vivaz de la pasión...
¡y se puso a soñar mi corazón!”.*

Y la música? La música es la envoltura de opio que inunda este mar poético. En contraste a la fragancia de sus visiones femeniles, los pianísimos acordes del oboe y del chelo vibran en imperceptibles ondas cristalinas. Nunca fue más cálido un nocturno de Chopin ni más dulce un Lied de Schubert como en este centelleo poemático de música sin notas.

*“... y en el pino sonoro de sus hojas febriles
la sonata del viento su dolor preludió...”*

Después de ese otro poeta antioqueño que se llama León de Greiff ninguno ostenta más exuberante riqueza de léxico que Alberto Gil Sánchez. Olímpico poder sobre las palabras el suyo. Con qué atinado campanilleo de voces engalana sus versos! Cual el flujo y reflujó de las aguas marinas sobre la serpentina del oleaje, así su acento sube y baja dando a cada ritmo su centella y a cada sentimiento su lágrima. ¡Oh arrogancia de sus vocales en escuadrones que viajan desde la sencilla alegría hasta el breve dolor, desde el colorido frugal hasta el destello sensual, para lograr un todo Wagneriano!

Leyendo la poesía de Alberto Gil Sánchez, la memoria arrebatada el recuerdo de los poetas malditos. De modo singular el oído se prende a la sorda voz y al ciego llanto de Baudelaire..

A pesar de esa intangible identificación de todos los poetas sobre el diamantino cuerpo de la poesía, en el caso de Gil Sánchez se opera un fenómeno muy marcado de aislamiento. Por eso, recordamos aquella bella página de González Lanuza me atrevería a decir que en el Juicio Final, cuando todos los poetas se estén reconociendo como contemporáneos y hablando el único idioma inteligible: el de la poesía “castamente desnuda de la equívoca vestidura de las palabras”, el tiempo abrirá un paréntesis y surgirá Alberto Gil Sánchez —terriblemente solo— (tal vez podría acompañarlo el otro Alberto: Alberto Angel Mon-

toya), llevando consigo el símbolo fatal de los poetas malditos: figuras de mujer, Alegría, Dolor, Colores encarnados, Placer, Licor, Espejos, Músicas furtivas, Efusión de palabras, circunstancial —casi efímero— centelleo de la Suprema Luz:

“¡Porque yo soy así... porque ya tengo
el alma muerta a los humanos goces
y a los divinos goces entreabierto
siento fluir en cálida fontana
mi ser... y recostado a la ventana
la gloria miro de humo!”.

LA VIGILIA DE LOS MARMOLES

Américo Vespucio
al mundo de Christopher Columbus
asoma su feliz estilográfica,
y en el mapa ideal define aprisa:
éstas eran Las Indias que buscaba
el navegante por los mares de Asia.
Al centro está el infierno,
y si allí el español halla riqueza
todo lo puede revelar mi tiza.
Veis la Sierra Nevada como emerge...
parece que dijera con su punta de hielo la pisada
primera de Bastidas.
Cómo la Parca todo lo domina,
que en aquel alpinista,
de los goces de Dios siempre a la vista:
el brillo de las tumbas es la meta divina.
El culto de la muerte su recato
en metáforas pierde, refulgentes.
Misterioso sarcófago del lecho de las aguas del Atrato
encajona torrentes.
Ronca la mar se sube hasta los Andes,
y de ese amagamiento
la mirada creadora por la tierra se pierde,
y en la brisa se pierde la corriente.
Allá enterraba el indio, con todas sus mujeres,
el oro tras del ardua trayectoria.
¡Y de todos los vientos de Europa
se consume el aceite
pensando en la conquista de El Dorado!

Otead el montículo,
donde llegó Quesada con la cruz española,
después de que los huesos de sus hombres
la tierra alimentaron,
en recia evolución dentro la forma
mística de la fauna.
Orillas de las turbias silices de aquel río
que nombró Magdalena, vio su Cristo
luchando con la selva.
Los lirones dormían y los topos no veían la nada.
Todo cupo en la grave tristeza de su celda:
¡El alma de la flora mostraba sus espartos;
los pájaros y moscas, en caimanes así como serpientes
hilaban de los sueños el tejido,
como hoy tejen la savia de la palma
las rudas hilanderas que van hacia la rueca del olvido,
sentadas en su ruecas incipientes
labrando en el trabajo la riqueza del alma!
Regresa Benalcázar de recoger la seda
de que vistiera Amauta.
El túnel de la Oya se intuye en el futuro,
cuando funda ciudades en recios divertículos

de montaña, alejadas de las venas.
Cisne y Leda, las placas de Pizarro
consignan en el Cuzco las huellas de Atahualpa.
La tea en las entrañas
bajo la servidumbre de las lluvias,
resbala por el halda
eléctrica de blancos pedregales.
¡Ya el Ecuador se esculpe a cintarazos!
De bocas del Maipure,
prodigio en la soberbia catarata,
vestido en los forrajes de las fieras regresa Federman.
Las torres del petróleo se ven en el oasis.
En tanto que por Bocas de Ceniza
contestan al desnudo en don Gonzalo:
Ya vive en el escoplo la raza de los chibchas y los muiscas,
y es precoz a la risa bajo el halo
el ímpetu del soplo entre la voz.
El cacique Bochica en su felpa de Ormuz,
hace saltar al ritmo de su vara
la luz del Tequendama.
La energía al solar de su capuz
sobre la amplia sabana se derrama.
¡Las huellas del apóstol se vuelven a la cruz
que en la herida de Cristo se embalsama!

Corrieron las centurias:

Va el motor sobre el páramo de Herveo
o sobre el verde y nieve paisaje boyacense.
Del Puracé en la lava,
la densa levadura de la historia
ve el nartecio de sombras de la idea,
y caben los relámpagos en el vivo rescoldo de los ojos.
Del monte Romeral entre la niebla
ve el Ruiz brillar a policromos rojos
todo, el mármol y el bronce captan desde su fúlgida azotea.
¡Qué libre va la yedra!
Es la verba en la veste de todas las liturgias,
avanzando el lamento a los antojos
de tea inquisitoria,
que busca sus diamantes
en templos que remedan la escala de Jacob:
¡que si fueron al sur como pirámides,
al norte fueron sol, sin los iconos
que taladren sus nichos en la piedra
y de surcos agrieten la memoria!
Avizorañ linderos
en las fuentes que marchan al océano.
¿Por qué cambiar de símbolo? El pistilo
recoge en la penumbra el mimetismo.
Qué límpida la linfa brota del tremedal;
en los manglares labra la bomba el pozo,
y la luz ilumina los bohíos.
El feudo está distinto, y en el mismo
de la palabra al prodigioso embozo.
Ya de aquella caverna, o paraíso,

la lumbré eterna, o el eterno triso,
de Muzo en esmeralda que de la selva la color imita
rica en reflejos de matices gualda,
solo el recinto de su templo alfombre
si en el rito a la nueva Sulamita
habla en la sobria majestad del hombre!
Esto dice Bolívar, vigilante soberbio
en el bronce del Ande:
¡Mi sueño va a vivir, porque su mármol
de frialdad aparente,
solo conserva el soplo de lo grande!

EL BARDO ESTABA LOCO

El bardo estaba pleno de acústicas extrañas,
de músicas extrañas, de claros ritornelos,
en hilos invisibles cosía a las montañas
la tela evanescente y opaca de los cielos.

Y sordo al vil halago, las límpidas madejas
colgaba de su estrago, sobre doradas rejas.

Ajeno iba a los ritmos y andares de la gente,
vagaba vagaroso, y así devotamente
cantaba, y ya la gente su trova repetía,
y sin embargo toda la gente lo decía:
¡Es loco! ¿Quién es ése? Y el bardo proseguía.
La gente recitaba sus himnos, y él reía:
¡Como si no lo hiciera así los entendía!

¿Estaba loco el bardo? Si estaba pardo el día
cantaba, así lo mismo, si claro, un cardo habría
que abriera aquella vena, y el vengativo dardo
de sangre en la serena
frescura de la grama temprano temblaría
como en el agua tiembla la plata de una escama
o como leve llama bajo la racha fría!

¿Estaba el bardo loco?
¿En los mullidos lechos acaso no dormía?
¡Y bien, eso que daba... si el mismo los hacía
más blandos en sus ritmos, mejores que los hechos!
Porque cuando él cantaba... la gente lo decía:
¡Si a muertes ilusorias cantó su fantasía
resucitaba el muerto y el sol se detenía!

Y sin embargo toda la gente repetía:
—El bardo es loco!... Y nada... que el bardo indiferente
borracho de canciones su senda proseguía!
Pero una vez, el día llegado hasta el poniente
donde violadas rosas el cielo desleía,
oyó que aquella gente que a oscuras le admiraba,
decía: es loco el bardo, y a tiempo le oteaba

con cierto guiño frívolo—Y el dijo: ya es manía,
es loca, pobre gente.... Si yo desde mis oros
la miro como loca, ¿qué importa que sus barros
no sepan de mi boca los líricos tesoros
y arrojen a mi paso racimos de guijarros?

SONETO A HELENA

De Ronsard

Cuando a la chimenea, de tarde, ya muy vieja,
tomes calor, en tanto que hilas y devanas,
tú cantarás mis versos, y te dirás perpleja:
Ronsard exaltó el bello matiz de mis mañanas.

Y no tendrás doncella que oyéndote no teja,
y desde el entresueño no entreabra sus ventanas
al eco de Ronsard, ni sienta que no espeja
como en sus tiempos jóvenes a la que peina canas.

De mí no habrá ni huesos bajo la tierra en tanto,
la sombra de los mirtos me fijará el reposo;
y acurrucada a fuego que da el hogar, tu llanto

tendrán mi amor y el gesto que hiciste desdeñoso.
Vive, no esperes nunca mañana y desencanto;
corta a la vida ahora su rosedal fastuoso.

LA DULCE CANCIÓN

De Fernand Severin

Qué dulce es en el mundo existir! ¡Amar! Oír
que un sí responde el eco de alguna confesión....
Con mi guirnalda débil tu gracia quise ungir;
en tu cabello tiembla la noche de emoción.

Acércate.... Amor tiene palabras inasibles
que nunca se comprenden si no se dicen paso.
Yo sé que tú no puedes amar mis imposibles,
pero sin que lo digas el alma no hace caso.

¡Más cerca, así, más cerca! ¡Qué todo nos separa!
un estremecimiento aún menos discreto
me dé la confesión que tu silencio ampara.
Nada será más dulce que el premio del secreto.

¡Corazoncito! Aquellos que duermen bajo tierra,
ya lo han perdido todo, no pueden ver el día....
Más nada aflige el hondo sopor que los encierra
como el recuerdo de estos instantes de alegría.

A la memoria de Tomás Carrasquilla

No eran sus manos las manos
 ungidas de blancos linos como las manos papales,
 no las que visten listones encarnados y duales
 en los cármenes bermejos de cárdenos cardenales,
 ni las de vestas y moras arzobispales
 en gobelinos de finos arabescos extrahumanos.
 No usaba gorros de minio,
 ni abisales lisaduras,
 ni cintajos de aluminio.

No eran sus labios corales alargados y rituales
 que hicieran juegos florales con el latín en la voz,
 y no quebraba conceptos entre sus pulpas carnales
 porque supo ver en todos los pecados naturales
 fanales de los panales
 de los reflejos de Dios.

La vida parroquiiana vivía en su figura
 y era una vida sana, flexible, estremecida,
 y si miró el pecado de vivo tornasol
 donde la frágil carne se maduró de luz
 bendijo así la lumbre que daba el arrebol:
 el alma de los hombres es un madero al sol,
 si es cruz de Magdalena de Jesucristo es Cruz.

En la gama del escaño policromo del amor
 cada día era un peldaño de ascensión hacia el Señor.
 Su alma en calles nazarenas cálidamente se entreabría
 y en ellas Dios humanizado estilizaba su agonía,
 y fariseos los sentidos no comprendieron que vida burlaban,
 y alfanges rudos los pecados no vieron que sangre escanciaban
 cuando sus puntas de plata por Viernes Santo bañaban.

Hoy día de Corpus Christi la música gregoriana,
 la mirra en la florecida camándula del altar,
 la plaza está enguirnaldada de lirios en la ventana
 de cada sol femenino que irrumpe sobre el hogar.
 Y flotan en la conciencia los tenuous remordimientos,
 de músicas interiores se hilvanan los pensamientos
 que allá de entre bastidores acuden a su portal.

Se melifica el acento del dolor, treno inicial,
 y acordes con el latido que irisa la procesión
 comienza en el subconsciente su pauta de funeral
 la cáfila imaginaria que engarza la evocación;
 recuerdos de épocas idas cuando la vida era ajena
 al agujón de la culpa, y a la frescanza del mal,
 cuando la vida era simple, maravillosa y serena
 y no la tela de plata donde se mece Satán.
 Inocencia; en el estudio vibra la Historia Sagrada.

Eva.... la hoja de parra y el paraíso de Adán,
y luego entre la conciencia perlada por el afán
el anillo de manzana de la historia natural.
El cielo es un biombo azul: ni nébulas, ni avecillas.
El sol como buen cristiano consciente de su deber
del catecismo de Astete sobre el cristal de rodillas
cuelga macetas de luz en los ojos de mujer,
y se asoma a los balcones e iridesce las ventanas,
y se siente entre las piedras de las calles provincianas,
y tal que un buen feligrés llegado desde las cumbres
deja el halo de sus huellas en la faz de las techumbres
de las cúpulas que ondulan como blancas porcelanas.

Ahora escardan ritornelos las músicas exteriores,
los ritmos evanescentes con que en mis tiempos mejores
miraba solo en las niñas cómo regaban las flores.

Ya debajo de los arcos de guadales y de chusques
que arreglaron campesinas inocentes como el pan,
pasa en triunfo la custodia con la Hostia en la mitad;
las varillas con piñones del gran palio de metal,
que blasona los orgullos de la aldea primordial
fingen lámparas votivas irradiando claridad,
cabrillean sus recamos, guarniciones y brocados
y sus albas sederías que taladran la ciudad.
Y los ecos de los hombres en fulgor arrodillados
ven con bíblica alegría la Divina Majestad.

.....

En el cuadro de un postigo sin vidriera está el turpial;
negrito pechi-amarillo le dijo el párroco un día,
el jueves de Corpus Christi le has de cantar al Señor
compenetrando tu trino con el dorado temblor
en que mi mano se inicia cuando le miro en María
como le miro en la Hostia blando nidal del amor.
Y en el momento preciso tímidamente el turpial
allá desde el pasamano que treme en el barandal
hace callar las campanas de sonoro metal
con largo silbo que silba desde su voz de cristal;
El buen Padre hizo el milagro.... Negrito pechi-amarillo
simbólico de las cosas que adornan a su Creador,
tu ilímite caramillo
resalta desde la noche de tu peluche real,
llevas la aurora prendida como la orquídea al ojal,
como la luz de penumbra con que se dora el visillo
de alguna ojiva vestida de terciopelo imperial.

.....

Cuajóse luego un silencio de santa melancolía

como el que luce el florero cuando se mustia la flor,
como el que tala el envase cuando se extingue el aroma,
como el que arrulla las almas cuando se muere el amor,
como el que raya en el astro cuando se corta en el día
y se redime de sangre la concha de su redoma.

¡Y las manos de alba cera del Pastor,
con sacerdotal sigilo
se suspendieron en vilo
como una cruz de dolor!

LA PIRAMIDE

En los rojos arenales del desierto
viendo el paso de los años
y evocando de los muertos
la pretérita grandeza,
con un dejo de tristeza
se destaca la pirámide.

Ya no son los Faraones
que reinaron sobre el mundo,
ya no rugen los leones
ni se agita la pantera
que en sus garras de felina adormeciera
las hazañas soberanas
de las águilas romanas.

¡En sus piedras milenarias
que taladra inútilmente
el ardiente sol, el polvo
su canción musita suave
y a su lado pasa grave
la doliente caravana
y se queda contemplando su belleza soberana!

Es altiva, sin embargo;
no la arredra
el fulgor hostil del oro,
ni el penacho abigarrado de la prosa
que se extiende por doquiera:
Es el último vestigio de la raza genitora
que cantara el arte en páginas de piedra,
y orgullosa se levanta
como olímpico blasón de la quimera.

Ya no vibra la suntuosa Alejandría
con la fiebre de sus regias bacanales,
ya no fulge con el brillo de la orgía
ni la púrpura de mantos orientales
engalana la bahía.

Y ella queda desafiando

de los tiempos la opulencia que a la esfera
acaricia con su rubia cabellera,
y semeja en el recinto desolado
de las áridas arenas del Egipto,
un indómito león crucificado
sobre el alma de cristal del universo.

Cuando el diáfano abanico de la tarde
se abre en súbita armonía de colores
como un himno a la grandeza de la historia
tal vez sienta,
tal vez sienta la pirámide,
tras la sed de la tormenta,
albear sobre su cumbre
los pendones de la gloria!

¡En los rojos arenales del desierto,
del desierto que han formado
los simunes de la vida,
se divisa la pretérita grandeza
de un vetusto monumento;
lo ha besado el polvo adusto,
lo ha mordido la serpiente envenenada
de la turba enfurecida,
y ante el paso agigantado
de la loca caravana
de los siglos y los hombres,
cuando ruge la lejana
sed del vasto firmamento;
desafiando el infinito,
como reina del pasado, del presente y del futuro,
se destaca en el desierto
de entre el áspero sepulcro del olvido
la pirámide sutil del pensamiento!